

CLÁSICOS HISPÁNICOS

LUIS GÓMEZ CANSECO

# EPOPEYAS DE UNA GUERRA OLVIDADA

Diego Sánchez, *Relación de la empresa de Briquerás*  
Fray Francisco de Hermosilla, *Primera parte del valeroso Zaide*



IBEROAMERICANA — VERVUERT

Luis Gómez Canseco

## Épopeyas de una guerra olvidada

CLÁSICOS HISPÁNICOS  
Nueva época, nº. 28

*Directores:*

Abraham Madroñal (Université de Genève / CSIC, Madrid)  
Antonio Sánchez Jiménez (Université de Neuchâtel)

*Consejo científico:*

Fausta Antonucci (Università di Roma Tre)  
Anne Cayuela (Université de Grenoble)  
Santiago Fernández Mosquera (Universidad de Santiago de Compostela)  
Teresa Ferrer (Universidad de Valencia)  
Robert Folger (Universität Heidelberg)  
Jaume Garau (Universitat de les Illes Balears)  
Luis Gómez Canseco (Universidad de Huelva)  
Valle Ojeda Calvo (Università Ca' Foscari)  
Victoria Pineda (Universidad de Extremadura)  
Yolanda Rodríguez Pérez (Universiteit van Amsterdam)  
Pedro Ruiz Pérez (Universidad de Córdoba)  
Alexander Samson (University College London)  
Germán Vega García-Luengo (Universidad de Valladolid)  
María José Vega Ramos (Universitat Autònoma de Barcelona)

Luis Gómez Canseco

## Epopéyas de una guerra olvidada

Diego Sánchez  
*Relación de la empresa de Briquerás*

Fray Francisco de Hermosilla  
*Primera parte del valeroso Zaide*



Iberoamericana – Vervuert

Madrid – Frankfurt  
2022

Proyecto «Vida y escritura II» [PID2019-104069GB-I00]  
Ministerio de Ciencia e Innovación

Proyecto «Épica y política en el Siglo de Oro»  
PAIDI, Junta de Andalucía,  
Unión Europea

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

### **Derechos reservados**

© Iberoamericana, 2022

Amor de Dios, 1 - E-28014 Madrid

Tel.: +34 91 429 35 22 - Fax: +34 91 429 53 97

© Vervuert, 2022

Elisabethenstr. 3-9 - D-60594 Frankfurt am Main

Tel.: +49 69 597 46 17 - Fax: +49 69 597 87 43

[info@iberoamericanalibros.com](mailto:info@iberoamericanalibros.com)

[www.iberoamericana-vervuert.es](http://www.iberoamericana-vervuert.es)

ISBN 978-84-9192-276-6 (Iberoamericana)

ISBN 978-3-96869-284-5 (Vervuert)

ISBN 978-3-96869-285-2 (e-book)

Depósito Legal: M-9864-2022

Imagen de la cubierta: Jusepe Leonardo, *Rendición de Juliers* (1634-1635), óleo sobre lienzo, Museo del Prado.

Diseño de la cubierta: Rubén Salgueiros

# ÍNDICE

## ESTUDIO PRELIMINAR

1. El eco de otras guerras
  2. Una pica en Saboya
  3. De carne y de papel
  4. A la sombra de Ercilla
  5. El alférez y el fraile: asientos de una porfía
  6. Historias de dos textos
  7. Esta edición
- Bibliografía

## *RELACIÓN DE LA EMPRESA DE BRIQUERÁS DE DIEGO SÁNCHEZ*

### *EL VALEROSO ZAIDE DE FRAY FRANCISCO DE HERMOSILLA*

Al muy ilustre señor don Juan de Mendoza

Prólogo al lector

Soneto del licenciado Juan Serrado de Tavares

Soneto del reverendo padre fray Jerónimo de Cobos

Soneto del sargento Alonso de Almagro

Tercetos del autor al muy ilustre señor don Juan de Mendoza

Del autor al muy ilustre señor don Juan de Mendoza

Canto primero

Canto segundo

Canto tercero

Canto cuarto

Canto quinto

Canto sexto

Aparato crítico  
Relación de ilustraciones  
Índice de voces anotadas

## ESTUDIO PRELIMINAR

El 24 de octubre de 1594, el duque Carlo Emanuele I de Saboya, a la cabeza de un ejército de españoles, piamonteses, borgoñones, milaneses y suizos, rindió y ocupó la plaza fuerte de Bricherasio, en el territorio alpino del Piamonte, que defendía una guarnición de hugonotes franceses. Para celebrar la gesta, unos meses después, aunque ya en 1595, se estampó en Turín, capital y corte del ducado de Saboya, una *Relación de la empresa de Briquerás, que hizo el serenísimo duque de Saboya Carlo Emanuel. Compuesta por el alférez Diego Sánchez, hijo del maestro Francisco Sánchez, catedrático de retórica y griego jubilado en la Universidad de Salamanca*, dirigida a «la serenísima señora doña Catalina de Austria, infante de Castilla y duquesa de Saboya». El alférez Sánchez compuso esta *Relación* relatando en ciento treinta y cinco octavas reales unos hechos a los que había asistido en persona y destacando ante la infanta Catalina, hija de Felipe II, las acciones de los españoles durante el asedio y la valerosa intervención del duque, su marido. De este breve poema épico nos han llegado pocos ejemplares, razón por la cual su noticia solo consta en muy raros inventarios bibliográficos, sin que dejara rastro alguno en catálogos o estudios sobre épica española del Siglo de Oro.

Un año después, en «Milán y enero 28 de 1596», está fechado el manuscrito de otro texto épico, que, a pesar de su equívoco título, también se consagró a la toma de Briquerás o Briquerasco, tal como llamaban los españoles a la fortaleza. Se trata de la inédita *Primera parte del valeroso*



*Zaide*, compuesta por el reverendo padre fray Francisco de Hermosilla, religioso del orden del glorioso de San Bernardo, natural de San Martín de Valdeiglesias y capellán en el ejército de su majestad, cuyo original se conserva en la Biblioteca Nacional de España con la signatura MSS/11247. *El valeroso Zaide* era obra de otro miembro del ejército español, aunque era clérigo y escribía desde el Milanésado, centro entonces del poder de la monarquía hispánica en el norte de Italia. Su poema estaba dirigido a don Juan de Mendoza y Velasco, una figura señalada en el entorno militar, capitán de lanzas y comisario general de la caballería de Milán. Nuestro fraile se propuso componer una epopeya en tres entregas, cuyo tema central, según se anunciaba en el «Prólogo al lector», había de ser el conflicto que se había abierto cuando Enrique IV de Francia declaró la guerra a España el 16 de enero de 1595. De la segunda y tercera partes, si es que llegaron a escribirse, no tenemos noticia alguna, y al asunto borgoñón solo se alude como un fondo de futuro a lo largo de las trescientas noventa y siete octavas que, repartidas de manera desigual entre seis cantos, conforman la obra. Lo cierto es que esta primera parte solo se ocupa de la toma de Bricherasio, partiendo de la pauta que el alférez había marcado con su poema, por más que Hermosilla se esforzara en marcar distancias con él.

Ambos textos coinciden en ofrecer un testimonio preciso del conflicto y rinden un homenaje al valor de las armas españolas. En el caso del alférez Sánchez, destaca la voluntad decididamente cronística, que venía a confirmar el epígrafe que había elegido para su obra, ese de «relación», una palabra marcada en la época para designar un género de textos breves que referían sucesos próximos en el tiempo. Frente a ese papel cercano al del cronista de guerra, lo retórico, lo ficticio y lo literario ocupan un espacio mucho más importante en la escritura del fraile cisterciense, como

ya anunciaban las resonancias transparentemente moriscas que se apuntan en el nombre con que presentó *El valeroso Zaide*.

La singularidad literaria de ambos textos, la rareza bibliográfica de uno y la condición inédita del otro justifican la edición crítica que aquí se ofrece de ambos, pero también el hecho de que constituyan un extraordinario testimonio histórico para entender un episodio que hoy puede parecer menor, pero que tuvo un muy considerable alcance en el complejo panorama de la política europea de finales del siglo XVI, cuando el reinado de Felipe II se acercaba a su fin.

## **1. EL ECO DE OTRAS GUERRAS**

La toma de Bricherasio fue evento menor en las guerras francesas de religión, que implicaron a bastantes potencias europeas, marcando la deriva política en la segunda mitad del siglo XVI. Todo había empezado años atrás, cuando, en 1559, se firmó el tratado de Cateau-Cambresis. Entre otras muchas resultas, el acuerdo dio lugar a la consolidación del ducado de Saboya bajo el gobierno del duque Emanuele Filiberto y su matrimonio con Margarita de Francia, hija de Francisco I, que le permitió, con el apoyo de España, fortalecer un amplio territorio a ambos lados de los Alpes, hasta convertirse en un pequeño estado.<sup>1</sup>

Carlo Emanuele, como hijo único de Emanuele Filiberto, heredó el ducado paterno en 1580 y, con apenas dieciocho años, tuvo que hacerse cargo del gobierno de un territorio muy extenso, cuyas fronteras estaban en constante cambio.<sup>2</sup> El joven duque se impuso la obligación de abrirse un hueco en la política internacional, recuperar el marquesado de Saluzzo, que, a pesar de ubicarse en pleno Piamonte, estaba en manos de Francia, y consolidar su poder en los antiguos territorios franceses de su señorío. Y también aspiró a ser reconocido como rey, pues no en vano

era hijo de una princesa de Francia. No era moco de pavo, y el primer movimiento que hizo para realizar esos propósitos fue el de buscar una alianza con la Corona española por medio de un matrimonio. Tras sus desposorios en 1585 con Catalina Micaela de Austria, hija de Felipe II, unió su destino al del soberano más poderoso de Europa, con la intención de que este respaldara sus proyectos.

Este enlace fue recibido en Francia con notable disgusto.<sup>3</sup> En primer lugar, porque Saboya era un territorio estratégico para los intereses de la Corona gala en Italia, en un momento en que el Francia se veía debilitada por las guerras de religión.<sup>4</sup> El matrimonio, además, significaba el alineamiento de Saboya con la política española y acceso abierto para los españoles en el camino que conectaba Italia con Flandes y que fue un instrumento logístico esencial para la hegemonía militar de los Austrias.<sup>5</sup>

Aprovechando esa alianza y el desconcierto francés, el duque ocupó el marquesado de Saluzzo a finales de septiembre de ese mismo año sin previa declaración de guerra. El movimiento significó una sorpresa incluso para la corte española, y el 5 de diciembre de 1588 Felipe II escribía a su hija Catalina deslizando una queja por las ambiciones excesivas de su marido: «Nunca pensé que el duque tomara una resolución tan grande sin darme parte de ella primero».<sup>6</sup> Bien es verdad que el duque había solicitado el asenso del papa Sixto V y que luego intentó justificar el acto con móviles estrictamente religiosos, presentándose como un adalid del catolicismo. Así lo apuntaba un historiador contemporáneo como Antonio de Herrera y Tordesillas:

Envió esta gente a ocupar todos los demás lugares del marquesado y él se fue a Turín; y sin quitarse las espuelas, luego mandó llamar al nuncio apostólico y a los embajadores de España, de Venecia y al agente de Francia. Y demás de haberles dicho las razones que quedan referidas, dijo que le constaba muy claramente de las inteligencias de los hugonotes con los ministros del rey y que la bajada de ellos en el marquesado no era para correr y robar la tierra, como otras veces habían hecho, sino para tomar pie y introducir en Carmañola un ministro principal de Ginebra y hacer otra

Ginebra en Italia; y que en el mismo tiempo trataban de robarle dos plazas principales de su estado, que eran Pinarol y Cuni, y que por esto no había podido diferir lo que había hecho. De todo lo cual dijo que había dado cuenta al papa con correo, y rogó a los otros embajadores que diesen cuenta de ello a sus príncipes, en especial al agente de Francia, haciendo el oficio que convenía al servicio de su majestad cristianísimo.<sup>7</sup>

Los demás estados italianos no vieron con buenos ojos un movimiento que rompía su delicado equilibrio, y el cristianísimo rey de Francia no lo tomó, desde luego, como un servicio a su persona. Fermín López de Mendizorroz hizo revista de esas reacciones políticas en sus *Observaciones de la vida del condestable Juan Fernández de Velasco*:

Juntó los embajadores y les dio cuenta de lo hecho, justificándolo con el celo de la religión católica y motivos de La Diguera, el bien común de Italia y particular de aquellas provincias, y el deseo de conservar aquel estado en la obediencia de la corona de Francia, en cuyo nombre protestaba que le tendría. Respondió el obispo de Fano, nuncio del Papa, alabando el celo del duque y aprobando su resolución y anticipándose a darle las gracias por ella en nombre de su santidad, entre tanto que tuviese comisión particular para esto. Don Jusepe de Acuña, embajador de España, con más demostración de sentimiento que de alborozo ni lo aprobó ni condenó, y hablo templadamente, reservando la respuesta al orden que tendría de su rey, después que le hubiese dado cuenta de ello. Mos de Héstor respondió libre y arrojadamente, encareciendo la afrenta hecha al rey cristianísimo en sazón que se hallaba apretado dentro de su reino, y que el duque por el deudo, amistad y fe pública, debiera tomar a su cargo la defensa del marquesado contra cualquiera extranjero. Hizo grandes protestas por la corona de Francia y su rey, a quien dijo que había escrito lo que pasaba, y que se lo escribiría de nuevo. Echósele de ver al de Venecia en el semblante el dolor del ánimo, mas el razonamiento que hizo fue breve y moderado.<sup>8</sup>



Figura 1. Saboya a finales del siglo xvi.

Con el apoyo de Enrique de Navarra, Enrique III promovió un ataque de los protestantes suizos contra las fuerzas de Saboya en la primavera de 1589, que el duque pudo rechazar y al que respondió conquistando algunos territorios que habían pertenecido a su ducado [fig. 1].<sup>9</sup>

La muerte de Enrique III en agosto de 1589 no hizo sino enconar la situación, abriendo el problema de la sucesión al trono. El bando protestante postuló a Enrique de Borbón, rey de Navarra; Felipe II presentó la candidatura de su hija Isabel Clara Eugenia, como nieta de Enrique II; y Carlo Emanuele no descartó ocupar él mismo el trono, alegando que era hijo de Margarita de Valois. Ese río revuelto parecía la ocasión propicia para lograr la corona real a la que llevaba aspirando desde tiempo atrás, demandando para sí el título de rey de Chipre.<sup>10</sup> El trono francés se antojaba un afán ambicioso en demasía, pero cabía al menos la posibilidad de aprovechar la fragilidad del reino, alimentar su desmembramiento y hacerse con el dominio de territorios colindantes con los suyos, en especial los del Delfinado y la Provenza.

Con esa intención, los saboyanos tomaron en 1589 la fortaleza de Exilles, paso obligado en el camino hacia Francia. Al año siguiente, el ejército del duque entró en Provenza y, en una rápida campaña, tomó varios lugares estratégicos, ocupando Aix en Provence en noviembre de 1590.<sup>11</sup> La incursión puso en guardia al que había de ser el más firme enemigo militar de Carlo Emanuele en los siguientes años, François de Bonne, duque de Lesdiguières, cabeza de los hugonotes en el Delfinado, que con el tiempo llegaría a ser mariscal de Francia y condestable del reino. Lesdiguières —Ladiguera en nuestros poemas— desplegó en esos años una extraordinaria destreza táctica para la guerra en territorios montañosos, que supo aplicar en sus enfrentamientos contra los de Saboya, gracias, entre otras cosas, a una tropa ya curtida en las guerras de religión. Por eso casi de inmediato reaccionó a la invasión de la Provenza, y en diciembre de ese mismo año se hizo con la villa de Grenoble, que estaba en poder de los católicos saboyanos, a los que volvió a derrotar al año siguiente, en

septiembre, en la batalla de Pontcharra, que frenó las aspiraciones francesas de Carlo Emanuele.

Quedó claro que Saboya no podía afrontar una campaña de esa envergadura sin el apoyo español, y Felipe II no parecía muy dispuesto a respaldar los apetitos expansivos de su yerno. Por si fuera poco, el panorama se tornó más oscuro, pues Lesdiguières entró en el Piamonte, iniciando un conflicto que habría de durar hasta 1601. A finales de septiembre, el general hugonote irrumpió en Saboya, tomó fácilmente Perosa y se dirigió a Pinerolo, sin llegar a doblegar sus defensas. Mediado octubre, cayó sobre Bricherasio, la plaza de la que luego se ocuparon nuestros dos poemas, y el 1 de noviembre hizo jurar a sus habitantes fidelidad al rey francés.<sup>12</sup> Se hizo a continuación con el fuerte de Torre Pellice y el de Mirabocco, aunque fracasara en su intento de tomar Susa. Sí triunfó, sin embargo en su asedio a la fortaleza de Cavour, que cayó en manos francesas el 6 de diciembre de 1592.<sup>13</sup> En algo más de un mes, Lesdiguières y los suyos se habían hecho con varias plazas estratégicas en el oeste de Saboya, que facilitaban la defensa de los intereses franceses en Italia, incluyendo la ansiada recuperación del marquesado de Saluzzo.

Solo unos meses después, en la primavera de 1593, Carlo Emanuele I quiso contrarrestar la acción de su enemigo y se adentró en el Delfinado con apoyo español. No obstante, el 7 de junio fue de nuevo derrotado por Lesdiguières en la jornada de Salbertrand, donde además murió don Rodrigo Álvarez de Toledo, general del contingente hispano. Se añadió un hecho inesperado, que cambió por completo el curso de todos esos conflictos. El 25 de julio de 1593 Enrique de Navarra abjuró de su fe protestante y abrazó la religión católica, logrando atraer a un buen número de antiguos enemigos. Casi de inmediato, el 31 de ese mismo mes firmó un acuerdo con la Liga Católica, que indirectamente incluía a España. El de Saboya quedó

entonces solo y se apresuró a firmar él mismo una tregua de tres meses con Lesdiguières. En realidad, el duque venía buscando ese pacto desde tiempo atrás,<sup>14</sup> acaso para presionar a la Corona española, que pretendía mantener las hostilidades, aunque a la espalda de su aliado piemontés.<sup>15</sup>

Enrique de Borbón logró ser coronado en Chartres el 27 de febrero de 1594 como Enrique IV de Francia y solo un mes después, el 22 de marzo, entró triunfalmente en París, alcanzando de este modo la unificación del reino en torno a su persona. A pesar de ello, seguía siendo un hereje, pues pesaba sobre él la excomunión que le había lanzado Sixto V. El entonces pontífice Clemente VIII envió como nuncio a Francia a Filippo Sega, cardenal de Piacenza, para tantear el terreno. Entre tanto, el conflicto militar seguía abierto en los Alpes. Con la intención de frenar el acceso francés a Italia, la Corona española se avino a apoyar al duque de Saboya, esta vez de manera más abierta, otorgándole el mando de un considerable ejército. La intención de Felipe II era restablecer el orden en la frontera con Francia, aun cuando Carlo Emanuele pretendiese conquistar Briançon y el Pragelato. Pero España consideró que la guerra debía limitarse al territorio piemontés para recuperar las plazas fuertes que dos años antes habían ganado los hugonotes.

En el otoño de 1594, el duque se lanzó sobre la fortaleza de Bricherasio y, tras un mes de asedio, la rindió. Precisamente durante el cerco a la ciudad, el cardenal Sega, a su regreso de Francia, se empeñó en entrevistarse con él, acaso para adelantarle los resultados de su legación. Ante la posibilidad de un cisma en la iglesia francesa, el nuncio había aconsejado a Clemente VIII que conviniera en la absolución del rey Enrique, medida que terminaría por adoptar el 17 de septiembre de 1595. El pontífice planteó asimismo una paz entre España y Francia, pero las intenciones del cristianísimo eran otras,<sup>16</sup> y tampoco



pasaban por reconocer a Saboya la posesión del marquesado de Saluzzo.

La guerra estaba lejos de concluir. El duque de Saboya reconquistó la roca de Cavour y Enrique IV declaró oficialmente la guerra a España, con el apoyo de Inglaterra y de las Provincias Unidas.<sup>17</sup> Lesdiguières aprovechó para recuperar la plaza de Exilles en enero de 1595, con una reacción fallida del duque Carlo Emanuel, que, no obstante, se hizo con el fuerte de la Charbonniere.<sup>18</sup> A su vez, el gobernador de Milán, don Juan Fernández de Velasco, entró en Francia en la primavera de ese mismo año, abriéndose una guerra con dos frentes, uno en el norte, en la frontera francesa con los Países Bajos, y otra entre el Franco-Condado y Borgoña. Fueron años de desgaste militar, en los que los ejércitos españoles lanzaron varias campañas contra los aliados anglo-franceses, tomando en 1595 Doullens, Le Catelet y Cambrai, haciéndose al año siguiente con Calais y Ardres, y ocupando Amiens en 1597. Los franceses, por su parte, frenaron a Fernández de Velasco en Fontaine-Française el año de 1595 y el duque de Essex saqueó Cádiz en 1596, sin que ninguno de esos lances resultara decisivo.<sup>19</sup>

El duque de Saboya había logrado firmar una tregua en 1595, que se mantuvo hasta la primavera de 1597.<sup>20</sup> Francia aprovechó para reclamar sus derechos sobre el marquesado de Saluzzo y, ante la negativa de Saboya, Lesdiguières entró de nuevo en el territorio al comienzo de ese verano, reanudando el conflicto en el valle del Arco, el de Susa y el Pragelato, hasta que en octubre el duque Carlo Emanuel enfermó con cierta gravedad de fiebres tercianas. Se corrió la falsa noticia de su muerte, y la infanta Catalina, que estaba embarazada, sufrió un aborto que la llevó a la muerte el 7 de noviembre de 1597. Esa ausencia sería decisiva para las relaciones entre Saboya y España, pues,

como ha escrito Pierpaolo Merlin, era «l'anello principale della catena che legava il principe sabaudo a Filippo II».<sup>21</sup>

La guerra franco-española se había convertido en un callejón sin salida; Felipe II, con la salud cada vez más mermada, era consciente de que sus aspiraciones a intervenir en Francia no concluirían en nada y Enrique IV, habiendo asumido que no cabía la derrota de la monarquía hispana, precisaba de la paz para consolidar su propia corona. Todo ello resultó decisivo para que en febrero de 1598 se iniciaran los contactos para alcanzar la paz gracias a la mediación del pontífice. Así lo refería Antonio de Herrera y Tordesillas en 1606:

Llegado pues el negocio a punto de enviar comisarios para el trato de esta paz, fueron a ella por parte del pontífice Alejandro de Médices, cardenal de Florencia, legado apostólico, y fray Francisco de Gonzaga, obispo de Mantua, nuncio de su santidad, y el general fray Buenaventura Calatagirona. Por parte del rey de Francia fueron nombrados el señor de Grigión Pomponio Beliembre, de su consejo de estado, Niculás Budart, señor de Selleri, presidente de la corte del parlamento de París. Por parte del archiduque fueron nombrados don Fernando Carrillo, del consejo supremo del rey católico y de la cámara, y Juan Ricardoto, presidente del consejo privado del archiduque, el comendador Juan Bautista de Tassis, del consejo de estado en Flandes, y Luis Verreyquen, secretario; y habiéndose acordado que se juntasen en la villa de Vervins, en los confines de Picardía, lugar cómodo para todos, aunque se platicaba del negocio, no cesaban las manos, porque siempre se continuaba en hacer robos, cabalgadas y otros hechos de guerra.<sup>22</sup>

Uno de los que así lo hicieron fue el duque de Saboya, que intentó conseguir una posición de fuerza en las negociaciones gracias a sus movimientos militares con la toma de Charbonniere o la ocupación de Morienna y Berre.<sup>23</sup>

Espanoles y franceses llegaron con relativa facilidad a un acuerdo, que se firmó el 2 de mayo de 1598. España reconocía a Enrique IV como legítimo rey de Francia y se restituía el estado de las cosas a lo pactado en 1559 con la paz de Cateau-Cambrésis. Abandonaba, además, las plazas ganadas en esos años de guerra y, en especial, el importantísimo puerto de Calais. Aun cuando todo se

presentase como una victoria del catolicismo, la Corona española había hecho un desmesurado esfuerzo sin obtener ninguna ventaja real.<sup>24</sup> El duque, por su parte, había mandado a Vervins a Gaspard de Genève, marqués de Lullin, como su representante, que planteó la cuestión de Saluzzo. Al respecto escribía Herrera y Tordesillas: «La mayor dificultad que se hallaba era lo que tocaba al marquesado de Saluzzo, porque el rey de Francia le quería y el duque de Saboya, que le poseía, no le quería dejar, alegando al rey el duque los derechos que cada uno tenía».<sup>25</sup> Tan es así, que, para evitar que un concierto de tal trascendencia terminase en fracaso, se acordó remitir al arbitraje del papado para su solución, posponiéndola durante un año. Así se estableció entre los puntos finales del acuerdo, tal como recogió Philippe de Mornay en sus *Memorias*:

Et, pour le surplus des aultres differends qui sont entre ledict seigneur roy tès chrestien et ledict sieur duc, lesdicts deputés aulxdicts noms consentent et accordent pour le bien de la paix qu'ils soient remis au jugement de nostre saint père Clément VIII, pour estre vuidés et decidés par sa sainteté dedans ung an, a compter du jour et date de ces presentes, suivant la response du dict séigneur roy, baillé par escrit le 4 juin dernier ci a prés inserée; et ce qui sera ordonné par sa sainteté sera entièrement accompli et executé de part et d'aultre sans aulcune longueur ni difficulté, soubs quelque cause ou pretexte que ce soit, et cependant, et jusques à ce qu'aultrement en soit décidé par nostre saint père le pape, demeureront les choses en l'estat qu'elles sont à présent sans y rien changer ni innover.<sup>26</sup>

El pontífice, paralizado por las posibles consecuencias de su decisión, fue demorándola, hasta el punto de que el duque Carlo Emanuele intentó llegar personalmente a un acuerdo con Francia a finales de 1599. Las exigencias de Enrique IV resultaron inaceptables y, a pesar de una nueva intervención papal, se reabrió el conflicto cuando, en agosto de 1600, los franceses tomaron Chambéry, en Saboya, y ya en noviembre Montmélian. Solo el apoyo de las tropas españolas pudo detener el avance francés hacia el Piamonte.<sup>27</sup> En esa situación se retomaron las

negociaciones, y el 17 de enero de 1601 se firmó finalmente el tratado de Lyon. Una vez más, la mediación papal fue decisiva para que el duque consintiera en entregar Casteldelfino, Bresse, Bugey, Valromey y Gex, consiguiendo a cambio que Francia renunciara a las fortalezas en el Piamonte y manteniendo bajo su autoridad el marquesado de Saluzzo.<sup>28</sup> España también sacó tajada, pues el acuerdo salvó sus intereses en el camino que conectaba Flandes con Italia.

## **2. UNA PICA EN SABOYA**

La toma de Bricherasio en octubre de 1594 fue —ya se ha visto— poco más que una jugada marginal en un enorme y complejo tablero político, religioso y militar. No obstante, los contemporáneos lo vivieron como un hecho de considerable trascendencia. Eso al menos se deduce de los numerosos textos que nos han llegado sobre la jornada. Para empezar, están cuatro crónicas anónimas de carácter histórico: la *Relazione dell'assedio e presa della terra di Bricherasio*, compuesta al hilo mismo de los hechos y que alcanza solo al 6 de octubre,<sup>29</sup> la *Ricuperazione di Bricherasio*,<sup>30</sup> la *Relazione dell'assedio ed espugnazione fatta da sua altezza Carlo Emanuele I duca di Savoia della terra e castello di Bricherasio*,<sup>31</sup> la *Relazione del successo della prisa della terra di Bricheras*<sup>32</sup> y una más debida a Ottavio Pescha el *Breve ragguaglio della maggior parte delle guerre fatte dal serenissimo duca Carlo Emanuele I di Savoia dall'anno 1588 sino all'anno 1613*, que consagraba una parte importante a este asedio.<sup>33</sup> Ha de añadirse un texto épico del poeta Raffaello Toscano, que entre 1595 y 1596 compuso *Le glorie del Piemonte descritte in ottava rima da Raffaello Toscano, nelle quali si raccontano i fatti illustri del serenissimo Carla Emanuele Duca di Savoia*. En 1596, Toscano solicitó el apoyo financiero de la ciudad de Turín para la publicación de su obra; y aunque se le concedió tal respaldo, nunca llegó a

ver la luz. A finales del siglo XVIII, Girolamo Tiraboschi afirmó que el texto se conservaba manuscrito en la Biblioteca Nazionale Universitaria di Torino,<sup>34</sup> pero, al parecer, se perdió en el incendio que sufrió la biblioteca en 1904. Aun así, Luigi Cesare Bollea aseguraba tres años después que contaba con una copia y que estaba preparando una edición del texto.<sup>35</sup> Gracias a su testimonio nos han llegado algunas estrofas del poema.<sup>36</sup> Contamos también con un documento extraordinario, el *Diurno di quello si fara per l'impresa di Bricheras*, un diario de guerra escrito durante el asedio por el secretario del duque de Saboya, que comienza el 17 de septiembre de 1594 y termina el 31 de octubre.<sup>37</sup> Y estaban, en fin, dos poemas castellanos, la *Relación de la empresa de Briquerás* del alférez Diego Sánchez y la *Primera parte del valeroso Zaide* de fray Francisco de Hermosilla. No es poca cosa para la simple ocupación de una plaza fuerte.

Pero es que el castillo de Bricherasio era un instrumento clave en la comunicación en Francia e Italia, y quien lo tuviera bajo su dominio habría puesto una pica no en Flandes, sino en el Piamonte.<sup>38</sup> De ahí el interés de los franceses en su posesión. Tras el ataque que el duque Carlo Emanuele había desplegado en la Provenza y el Delfinado, Lesdiguières, como ya hemos visto, entró con su ejército en el Piamonte por el valle de Pellice y se hizo con las fortalezas de Bricherasio y Cavour, tal como refería Antonio de Herrera: «El señor de Digueres, con su acostumbrada diligencia [...], había bajado en Piamonte [...], adonde corría la tierra sin resistencia, la saqueaban y llevaba contribuciones; y habiendo tomado Briquerasco, la fortificaba y apretaba el castillo de Cavors, que, aunque fuerte, estaba mal proveído, y había intentado de tomar por inteligencias a Carmañola, Pinarol y Susa».<sup>39</sup> De este modo se aseguraba un paso seguro hacia Italia y un punto de apoyo decisivo para futuras campañas.

Consciente de esa importancia, Lesdiguières afrontó un rápida y eficaz fortificación de la plaza, sustituyendo muros, levantando contrafuertes y posiciones defensivas. Dentro de las murallas que defendían el pueblo y los terrenos se encontraba la ciudadela, que los franceses remozaron de manera especial, rodeándola con un foso excavado en la piedra y convirtiendo Bricherasio en un lugar casi inexpugnable. Así lo detallaba el mismo Herrera y Tordesillas desde una perspectiva contemporánea:

Era ya el mes de setiembre cuando don Pedro de Padilla con el ejército se había acercado a Briquerasco, que, por ser plaza muy fuerte y que el Digueres había procurado de hacella inexpugnable para su principal acogimiento, se juzgaba que no llevaba fuerzas tan bastantes como convenía, porque, aunque están en las raíces de los Alpes sobre un cerro que sobrepuja la campaña, está tan apartada de los montes que no puede ser ofendida. Era la fortificación de diez baluartes con sus casasmatas, tan cerca unos de otros que las frentes de los mismos baluartes podían servir por casas matas. Tenía el foso muy ancho y la contraescarpa tan levantada y también los revellines cuanto los ángulos mostraron que era necesario. Y en la mayor altura del cerro había también fortificado el castillo con el foso en la peña, que correspondía a todas las partes de la fortificación.<sup>40</sup>

Lesdiguières dejó al mando de la plaza a Scipione di Villeneuve, señor de Espinouse, dotándola de provisiones, municiones suficientes y de un contingente de unos mil hombres. Tras la toma de Cavour, ordenó, además, que un cuerpo de otros mil hombres con una fuerza de caballería a las órdenes de Étienne de Bonne, señor de Auriac, se ocupase de controlar el valle de Pellice y sirviese de sostén en la defensa de estos lugares.

Desde muy pronto, se reiteraron conatos de conquista de la plaza por parte de Saboya, aun sin conducir a nada.<sup>41</sup> Pero, en el otoño de 1594, el proyecto parecía tomar cuerpo, una vez que el duque de Frías, nuevo gobernador de Milán en sustitución del duque de Terranova, insistiera ante el monarca en la conveniencia de recuperar las plazas para los intereses españoles. La empresa se puso inicialmente bajo su tutela, pero Felipe II decidió finalmente otorgar el

mando único a su yerno, el duque de Saboya, lo cual produjo en Fernández de Velasco un grave disgusto, que le llevó a poner un sinnúmero de trabas. Así lo refería Fermín López de Mendizorroz: «Le llegó orden de su majestad de que entregase el ejército a don Pedro de Padilla, castellano de Milán, subordinado a su alteza, con que cesaron los celos, no dejando por esto el condestable, de estar a la mira del empleo, dándole, como dice Job, fortaleza al caballo y enfrenándole con el relincho de su asistencia».<sup>42</sup> Tampoco Carlo Emanuele parecía satisfecho, pues tuvo que avenirse a las pautas marcadas por España, que se limitaban a recuperar Bricherasio y Cavour, renunciando a una campaña más allá de los Alpes, como era su intención. Todos descontentos.

En esa situación y una vez terminada la tregua que se había estipulado en 1593 con Lesdiguières, España dirigió sus tropas hacia el Piamonte. Bajo la autoridad del duque de Saboya se puso un considerable ejército formado por unos diez mil infantes, piqueros y mosqueteros, mayoritariamente al servicio o a sueldo de la Corona hispana: españoles de Milán y Nápoles, milaneses, borgoñones, mercenarios suizos y un pequeño grupo de alemanes dirigidos por el conde Jerónimo de Lodrón. Se sumaban a ellos, un buen número de soldados y voluntarios piamonteses. Estaba también la caballería, con veintiocho compañías de lanceros, arcabuceros y coraceros, e incluso una de arqueros.<sup>43</sup> Por último, se contaba con un número indefinido de zapadores y obreros para las labores de ingeniería militar y con milicias locales cuya función consistía fundamentalmente en la vigilancia y la intendencia.

Frente a ese considerable despliegue, la guarnición de Bricherasio se había visto mermada a causa de una epidemia sufrida en el verano de 1594. Se trataba de un grupo compacto en lo nacional y en lo religioso frente a la



diversidad de los aliados, que agrupaban soldados de diversas nacionalidades y creencias, a menudo enfrentadas entre sí. Para regir ese rompecabezas, Felipe II designó a su yerno, pero al tiempo nombró a don Pedro de Padilla como capitán general para el gobierno específico de los españoles, que constituían el grueso del ejército. A su vez, Alonso de Idiáquez ejerció como cabeza de la caballería española;<sup>44</sup> Bernabò Barbò, como comandante de los milaneses; Caspar Lucks, de los suizos; y Ambrose Bindi, de los borgoñones. Por parte de Saboya, Giovanni Tomaso Valperga di Masino fue general de la infantería; Francesco Martinengo, de la caballería; con Sancho Sarmiento de Salinas al frente de los coraceros y Giuseppe Cambiano di Ruffia como general de artillería.<sup>45</sup>

A mediados de septiembre, las tropas españolas comenzaron a moverse hacia Turín y, desde allí, se dirigieron hacia Pinerolo el día 17, uniéndose piemonteses y borgoñones. La intención del duque de Saboya era engañar al enemigo, cambiar repentinamente el rumbo y tomar por sorpresa la plaza de Bricherasio en un ataque nocturno, evitando así el desgaste de un asedio en toda regla. La tentativa resultó fallida y a la mañana siguiente, la del día 18, comenzaron a tomar posiciones en torno a la ciudad.<sup>46</sup> Ese mismo día llegó la caballería española y la infanta doña Catalina escribía a su marido anunciando el envío de varias piezas de artillería desde Carmañola.<sup>47</sup> La tarde del 19 de septiembre se asentó el grueso de la infantería española y se organizó una defensa de la zona para impedir que el contingente de Étienne Bonne de Auriac pudiera acudir en socorro de los sitiados [*fig. 2*]. A su vez, estos hicieron una salida esa misma noche, probablemente en busca de esa ayuda, aunque fueron rechazados por los soldados españoles.<sup>48</sup> Al día siguiente se anotó en el diario de guerra de Carlo Emanuele la llegada de los soldados milaneses:



«Alli 20 giunsero al campo li 2500 italiani di Barnabò Barbò» (Bollea 1905: 14).

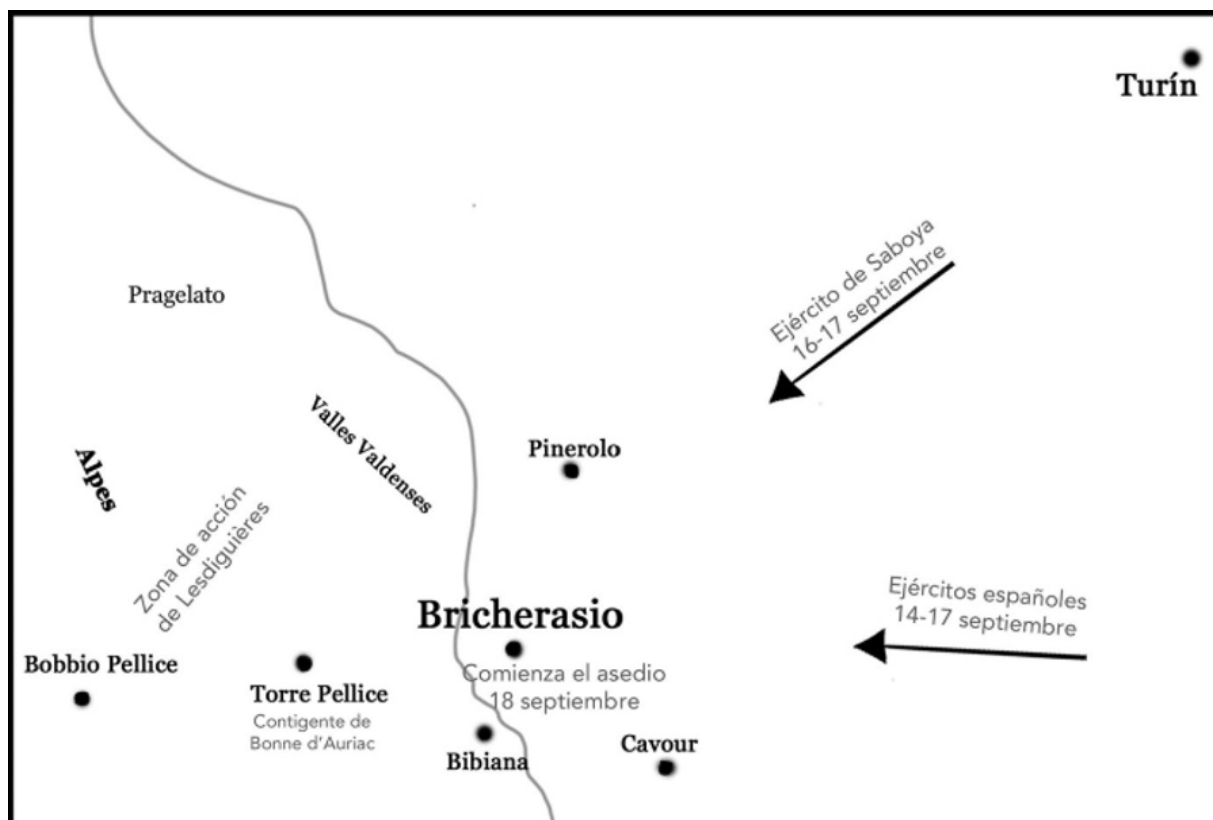


Figura 2. La campaña de Bricherasio.

Desde el día 21, el duque insistió en que se le enviaran de manera urgente ocho piezas de batería y varias más de campaña para proceder al bombardeo de la plaza, y al día siguiente dispuso a un grupo de soldados de Borgoña para que protegieran el transporte de las mismas desde Pinerolo. Dicho traslado, así como las operaciones militares de asedio se hicieron cada vez más penosas por el clima. Una lluvia pertinaz que se mantuvo desde el 22 de septiembre hasta el 4 de octubre, como reiteran todos los testimonios que nos han llegado sobre el cerco. El temporal hizo que los zapadores tuvieran mayor dificultad a la hora de cavar las trincheras y que los soldados hubieran de luchar bajo la lluvia y en medio del fango que se formaba.

El día 23 de septiembre llegaron las primeras piezas de artillería, que se instalaron en torno al primer círculo de defensas y comenzaron a hacer fuego el 25.<sup>49</sup> En los días sucesivos hasta el 27 se llevaron hasta diez cañones más, con los que se mantuvo una batería continuada sobre las murallas bajo una lluvia torrencial. Por su parte, Bonne d'Auriac, viendo imposible auxiliar la plaza, se encerró en la Torre de Luserna que fue atacada y asolada a instancias del duque por una fuerza al mando del marqués de la Piovera y don Sancho Sarmiento de Salinas. Con esos movimientos y con otros realizados en el lado francés de los Alpes, Carlo Emanuele pretendía condicionar y limitar la reacción de Lesdiguières en defensa de Bricherasio. El duque manifestó durante esos días su inquietud por la renuencia del condestable de Castilla a enviar más apoyo militar.<sup>50</sup> Y, a decir verdad, la relación entre ambos magnates nunca fue fluida. En 1625, Fermín López de Mendizorroz la resumía en estos términos: «Se gobernaba tan diestramente con el duque y la infanta, conociendo en aquel príncipe su natural belicoso y ambicioso de reinos, que andaba con él como dicen los filósofos, con el *removens, prohibens*, removiendo lo que le podía dañar y condescendiendo con todo lo que a la conservación y defensa de sus estados más conviniese».<sup>51</sup> Años antes, Antonio de Herrera se había quejado del poco o ningún apoyo que Carlo Emanuele prestó al condestable, afeando el «poco calor que el duque de Saboya dio al ejército católico, como se ha apuntado, unas veces embarazando la gente que iba para él y otras veces valiéndose del dinero, y que don Pedro de Padilla, que quedó en el gobierno de Milán durante la ausencia del condestable, no le proveyese como convenía; y sintió mucho que mostrase que nada había de depender de él, no le acudiendo a tiempo con ninguna provisión».<sup>52</sup>

Durante esos días vinieron a añadirse nuevos problemas. Los católicos del Delfinado reclamaban al duque una ayuda

militar que España no estaba dispuesta a conceder. El cardenal Segá, legado pontificio para Francia, se acercaba a Turín y había adelantado su voluntad de ver al duque, aun a sabiendas de que andaba envuelto en una guerra.<sup>53</sup> El plan trazado no pudo llevarse a cabo, pues las baterías solo consiguieron abrir brecha en los muros la tarde del 30. Ese mismo día, el cardenal se presentó en el campamento acompañado de Carlo Broglia, arzobispo de Turín, y Marcello Acquaviva, arzobispo de Otranto, para tratar con el duque sobre la absolución del rey de Francia por parte del pontífice y la conveniencia de una paz con Francia. Antes de volver a Turín, el nuncio apostólico impartió la bendición general al ejército católico, ya dispuesto para el ataque. En el último momento, el duque dirigió una arenga a sus soldados en la que les exhortaba a luchar por la fe católica contra los hugonotes que querían ocupar tierras cristianas.

En la convicción de que era el momento adecuado para atacar, el 1 de octubre, hacia las once de la noche, sonó por tres veces una trompeta como señal acordada para el asalto.<sup>54</sup> Un ala, al mando del coronel Pietro Ponte con tropa de piemonteses y borgoñones, inició la acometida al muro, mientras los españoles, bajo la dirección de don Gabriel Manrique, duque de Nocera e hijo del duque de Nájera, afrontaron el paso por la brecha abierta con la artillería. La obstinada defensa de los mosqueteros franceses no fue suficiente para detener el embate, sobre todo cuando don Sancho de Salinas, viendo desguarnecido su flanco, desmontó con sus coraceros y abrió un nuevo frente para los defensores, que se vieron obligados a abandonar el primer muro y a refugiarse en torno a la ciudadela.<sup>55</sup>

En los momentos finales del asedio, la infanta Catalina envió al pintor de la corte, el flamenco Jan Kraek, que había italianizado su nombre como Giovanni Caracca, para que dejara testimonio visual del asedio. El resultado fue el *Vero disegno della fortezza, assedio et ispugnatione di*

*Bricherasio fatta dal serenissimo e Invittissimo D. Carlo Emanuele, duca di Savoia, principe di Piamonte, etc., col felicissimo essercito di Sua Maestà Cattolica seguita il presente anno 1594, cioè la Terra perassalto il primo d'ottobre e la cittadella per compositione alli 23 di detto mese a vista del campo nemico e dopo 37 di d'assedio, que Giacomo de Fornaseri grabó y estampó en Turín ese mismo año [fig. 3]. Como en su momento explicó Luigi Cesare Bollea, el dibujo de Kraek presenta de manera simultánea la toma del terreno que rodeaba la fortaleza el 1 de octubre de 1594 y el asalto a la misma en los días posteriores.*<sup>56</sup>

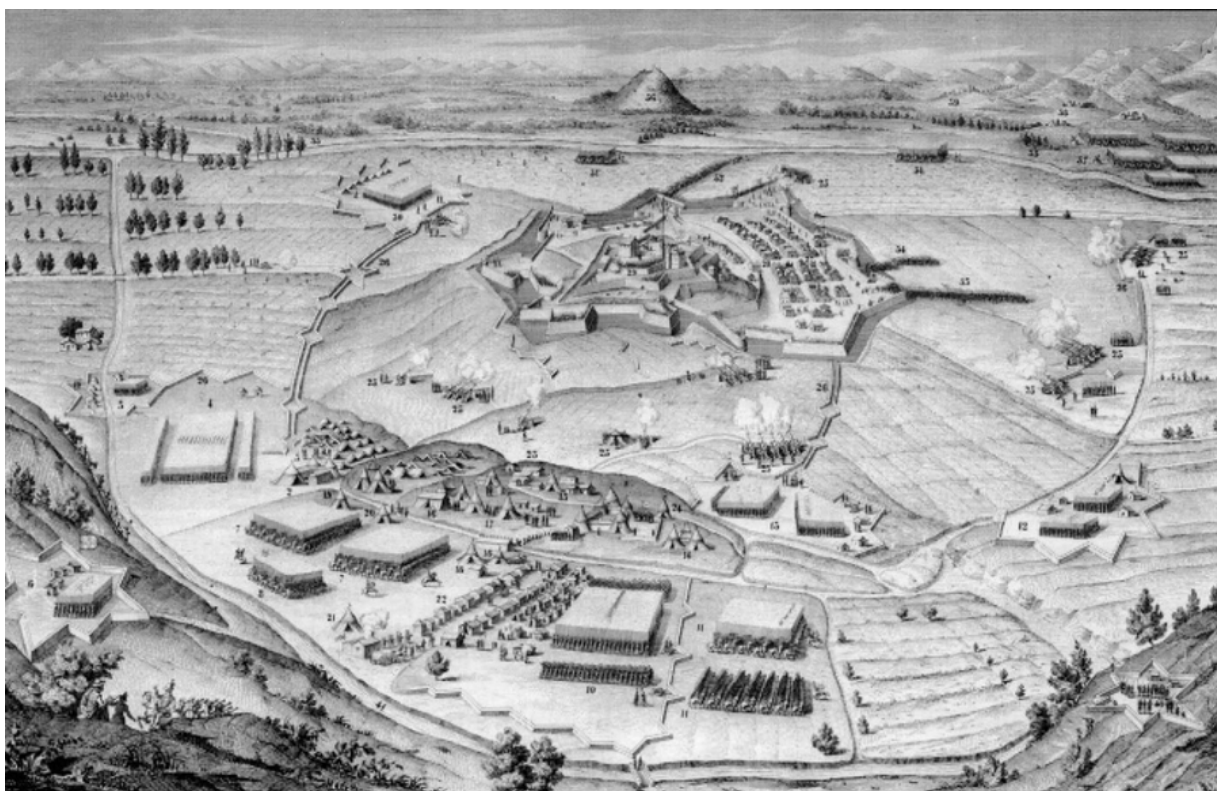


Figura 3. Jan Kraek, *Vero disegno della fortezza, assedio et ispugnatione di Bricherasio*, 1594.

El combate había durado más de dos horas, y al final del mismo, la villa de Bricherasio y el terreno circundante estaban en poder de los aliados. Así lo relataba Antonio de Herrera cuatro años después:

Por la una batería arremetieron los alemanes que habían servido al sueldo del rey católico en el Lenguadoque, gente plática y de servicio; por la otra, que estaba muy alta y dificultosa, arremetieron cinco compañías de españoles del tercio de don Pedro Manrique, que eran de los capitanes don Gabriel Manrique, don Diego de Córdoba, Becerra, Pedro Ramírez y don Íñigo de Borja, y, porque estaba ausente, el alférez don Juan Rodríguez de Salamanca. Defendiéronse los de dentro casi una hora, pero al cabo, por el valor de los ofensores, fueron entrados, aunque no se acabó de ganar la villa, porque los franceses se sustentaron algunos días en una retirada que tenían hecha antes del castillo, teniéndole a las espaldas, de donde también fueron echados con la fuerza. En el asalto de la villa quedó herido don Gabriel Manrique de un esmerilazo en las tripas, de que murió aquella noche; don Diego de Córdoba de un arcabuzazo en un brazo y otro en una pierna; Pedro Ramírez de un arcabuzazo en la mano derecha. También se señalaron el maestro de campo don Bernardino de Meneses, el coronel Ponte, Fabio Escalengo, el capitán Cortacio, Alfonso de Rho y otros. Mientras se daba el asalto, don Sancho de Salinas, con la gente de a caballo del duque, arrió las escalas y, aunque tuvo resistencia, entró, conque, divirtiéndolo a los franceses, fue de provecho a los que peleaban en las baterías.<sup>57</sup>

Entre las bajas señaladas, además del duque de Nocera, se contaron Alfonso da Rhò y Gerolamo Barbò, capitanes milaneses, Emanuele Costa, conde de Arignano, y monseñor de Anselmo, paje de cámara del duque.<sup>58</sup> En carta de 2 de octubre la duquesa lamentaba su muerte y se congratulaba del valeroso comportamiento del hermanastro del duque, Filippo de Savoya: «Me ha pesado de la muerte de Anselmo y no ha sido poco no haya habido más de los que me escribes pues duró tanto el asalto; de don Felipe me güelgo haya mostrado tiene animo y cierto habíades de hacer tener más cuenta con él».<sup>59</sup> Al día siguiente daba noticia sobre la llegada del cadáver de don Gabriel Manrique: «Don Manuel ha venido con el cuerpo de don Gabriel y se le hará el entierro como mandas».<sup>60</sup> El duque, por su parte, aprovechó la llegada del embajador español José Vázquez de Acuña para reclamar los refuerzos que el gobernador de Milán había prometido.

Desde un punto de vista meramente táctico, los aliados tomaron posiciones dentro de la villa y dispusieron de nuevo la artillería para el asedio de la ciudadela. Ante tal

avalancha, los franceses se vieron obligados a recluirse en la fortaleza el día 4 de octubre, dando muerte a sus caballos y destruyendo las posiciones. Al día siguiente, el fuego saboyano hizo estallar el polvorín, cuya explosión afectó a la estructura del castillo.<sup>61</sup> Al mismo tiempo, Carlo Emanuele mantenía una parte de los suyos atenta ante cualquier incursión de Lesdiguières en el Piamonte.

Entre el 6 y el 12 de octubre, se preparó el asalto definitivo a la fortaleza con la excavación de trincheras y de una mina en la roca sobre la que estaba construida, aunque con la dificultad permanente de la lluvia.<sup>62</sup> En carta del día 10, el duque se lamentaba con su mujer: «Si no fuera por esta agua, estaríamos en el foso, que estando allí, se puede desir que somo dentro».<sup>63</sup> Las cosas parecían mejorar, según se deduce de una carta escrita por la infanta Catalina dos días después: «De la mina y trincheras me güelgo infinito vayan bien y ya deseo saber cuando piensas se podrá acabar, pues he visto los avisos de Ponte y de todas las partes de la gente que Ladiguiera va juntando» [fig. 4].<sup>64</sup> Según las crónicas del asedio, el propio Carlo Emanuele participó personalmente en las tareas para animar a los suyos e intervino en el rechazo contra una salida que, a la desesperada, hicieron los franceses la noche del 8 de octubre. Pero no eran los únicos problemas: los suministros escaseaban, los españoles se mostraban indisciplinados y los suizos amenazaban con amotinarse por la falta de pagas. Un episodio más alteró el campamento.

El día 14, cuando el duque y Vázquez de Acuña visitaban las trincheras, un mosquetero francés les disparó, alcanzando al embajador español, que salvó milagrosamente la vida, pues el proyectil impactó sobre los botones de su capote. Doña Catalina se hacía eco del suceso en una carta del día 17, en que instaba a su marido a evitar peligros innecesarios: «Mi alma, por amor de Dios tenga a menudo de tus nuevas, pues sabes el cuidado en